NECESITABA VIDA NUEVA

por Andy Feinberg,
Phoenix, Estados Unidos

Nací en una familia judía en la ciudad de Nueva York. Ninguno de mis padres era muy religioso, pero hicieron el esfuerzo por inculcarnos a mi hermana y a mí los valores culturales y sociales de las tradiciones judías y la vida comunitaria. A la edad de 13 años cumplí con la ceremonia de Bar Mitzvá en una sinagoga reformista. Como preparación para la ceremonia me enseñaron a leer hebreo y por eso pude presentar ante la congregación una porción del Torá el día de mi Bar Mitzvá.

Si bien en nuestra vida hogareña no cumplíamos a diario, ni siquiera semanalmente, las costumbres judáicas, aun así, en el transcurso del año, participábamos en la celebración de las principales fiestas judías. Algunos de los recuerdos más preciados de mi niñez se centran en fiestas judías como el Purim, la Pascua y el Januká, las cuales las celebrábamos generalmente en las casas de nuestros familiares o amigos, o en la sinagoga.

Las fiestas judías ayudan a conservar el vínculo entre la Palabra de Dios y las generaciones de judíos, además de comunicar fielmente la verdadera historia de la nación de Israel. Sin duda, el Señor en su sabiduría les dio estas ocaciones para recordar a los judíos para mantener, por milenios, el vínculo entre una generación y otra, y así poder conservarse como un pueblo distinto aun cuando fueran dispersados entre las naciones. El Nuevo Testamento, en Romanos 11, nos enseña que Dios todavía tiene un plan para su pueblo del Antiguo Testamento, la nación de Israel.

Nuestra vida familiar continuó normalmente hasta que mis padres se divorciaron, y mi mamá, mi hermana y yo nos mudáramos a un pueblito mayormente gentil en el oeste del estado de Nueva York para vivir con nuestra abuela. Ya que en nuestro hogar se le ponía mucho énfasis a los estudios, yo sabía que un día iría a la universidad. Deseaba que llegara ese día porque sabía que las restricciones de vivir con mi mamá ya no existirían.

Después de graduarme de la preparatoria, los siguientes 4 años los pasé en uno de los centros de la Universidad del Estado de Nueva York, donde estuve expuesto a todas las tentaciones de costumbre de la vida universitaria. Busqué satisfacción en muchas de ellas y me dejé llevar sin propósito alguno.

Luego de un par de años de vivir en esta nueva libertad comencé a ver que no estaba alcanzando ninguna realización personal. Traté de cambiar el rumbo de mi vida, pero obtuve muy poco éxito. No fue sino hasta algunos años después que supe que había un Dios que estaba dispuesto y que era completamente capaz de hacer por mí lo que yo no podía hacer en mis propias fuerzas.

Después de graduarme de la universidad conocí un hombre que me contó del Señor Jesucristo y sus derechos sobre mi vida. Cuando le dije que me gustaría aprender más de la Biblia y de quién era Jesucristo, él me citó 1 Corintios 2.14: “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios... y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”. Pacientemente me explicó que lo que yo necesitaba no era más conocimiento, ¡sino una vida nueva! Continuó explicándome que el Señor Jesús había dado su vida para que yo, un indigno pecador, pudiera tener vida nueva. Había nacido una vez con una vida natural; lo que ahora necesitaba era nacer de nuevo con una vida espiritual. En respuesta a la pregunta de un estudioso

rabino, el Señor Jesús enseñó: “el que no naciere de nuevo [de arriba], no puede ver el reino de Dios”, Juan 3.3.

Capté el mensaje y recibí al Señor Jesucristo de una vez y para toda la eternidad.

Para imprimir folletos haga clic aquí.

Usado con permiso de Mensajero Mexicano. Leer edición completa